

mandas: era el ancho océano que separa los dos mundos. En el salón vecino Brandón se paseaba con lentitud, al tiempo que dictaba una carta de negocios á su estenógrafo. Se oyó un ruido de pasos, y Jim, contento, radiante y transformado, apareció, llevando en la mano un ramo de rosas. Se acercó á Susana con sonrisa de satisfacción, y dejando las flores en las rodillas de la joven, dijo:

— ¿Aún no estás vestida, Susana? No olvides que la cita es á las dos, y que tenemos que andar mucho en coche para llegar á las carreras.....

— El aire fresco de la mañana me ha emperizado y no me he dado cuenta del tiempo que pasaba..... No tardaré en vestirme. ¿Ocurre algo nuevo, Jim?

— Nada que yo sepa, querida. No he leído los periódicos de la mañana. Todo cuanto ocurre en el universo entero me es indiferente..... No me ocupo más que de ti. ¡De aquí á dos meses, Susana, serás mi mujer! ¿Piensas en ello?

— Sí, Jim, pienso en ello; pues este matrimonio será la alegría de mis padres y su felicidad— dijo la joven, haciendo un esfuerzo para sonreír.

— Y tu felicidad también, Susana — replicó Jim con repentina gravedad. — ¡Oh! Estoy seguro de que tengo que indemnizarte de las decepciones que has experimentado. ¡Te quiero tanto!..... Dame la mano..... y mírame.

Susana tendió la mano con abandono, y con

melancólica dulzura levantó los ojos. Jim estrechó aquellos lindos y afilados dedos, los rozó con sus labios, y con más docilidad que ternura en la mirada, exhaló un suspiro. En aquel momento Harry salió del salón.

— Jim, mi padre preguntaba hace un momento por ti. Necesita un dato para la correspondencia.

— Voy enseñada.

Harry se acercó entonces á su hermana, y con la espalda apoyada en el piano, que estaba entre las preciosas plantas, continuó leyendo con la mayor atención el periódico que al entrar traía en la mano. Luego golpeó con fuerza el papel, como si hubiese querido hacerle daño, y su frío rostro se contrajo por el furor. Con asombro, Susana se volvió hacia su hermano para preguntarle:

— ¿Te ocurre algo?

— ¿Que si me ocurre algo?— dijo con sorna. — ¿Y eres tú quien me lo pregunta?

Golpeó de nuevo el periódico, como si hubiese abofeteado á un enemigo, y luego, arrojando el papel al lado de las rosas que estaban sobre las rodillas de su hermana, exclamó:

— Toma, lee tú misma, porque, en verdad, estas palabras quemarían mis labios al pronunciarlas. ¡Ah! Esos parisienses estúpidos é idiotas que se dejan alucinar con sistemas y arrastrar con palabras. Lee, Susana, lee.

Cogiendo otra vez el periódico, lo arrugó con rabia, y señaló el título de un artículo:

«Primera representación de *La Veneciana* en la Ópera.....»

Soltó una carcajada, golpeó el suelo con el pie, y con el rostro descompuesto por la ira repuso:

—Antes de leer, oye el fragmento musical que dan en la cuarta plana..... Hé aquí lo que admiran, lo que aplauden, lo que llaman una obra maestra.

Y sin preocuparse por la emoción de su hermana, cuyo rostro se había cubierto de intensa palidez, se sentó al piano, y con compás distinto al indicado trató de destrozar el espléndido preludio del tercer acto, tocándolo como especie de *cake-walk*, y golpeando furiosamente el teclado. Pero, á pesar de todo, á despecho de la traición, la hermosa melodía se desenvolvió con tanta magnificencia que Harry mismo, turbado y rebosando envidia, quitó con desesperación el periódico del atril y lo arrojó á los pies de Susana, que seguía sin decir una palabra y presa de indecible emoción. La joven lo recogió con gesto lacio, lo desarrugó y, buscando el artículo, leyó, firmado por Lavirón, el justo panegírico de la obra aclamada. A medida que fué adelantando en su lectura, la joven vió reproducirse ante sus ojos los días de tristeza y de lucha, durante los cuales el compositor, dolorido y desfalleciente, se agitaba en medio de los obstáculos de la vida tumultuosa que ahogaba su pensamiento; luego las horas de gozo pasadas en la modesta casita de Saint-Cloud, cuando

Derstal, otra vez en posesión de sí mismo, había escrito, con toda la fuerza de su orgullo, el último acto de su obra, cuyo preludio, insultado en aquel momento por Harry, y tocado una tarde por su autor en la tenue palidez de un crepúsculo, repercutía en sus oídos.

Hizo un esfuerzo para que sus ojos continuasen leyendo el artículo y su espíritu signiese comprendiéndolo. Lavirón decía: «Y ahora, seguro de su arte y dueño de sus ideas, el autor de *La Veneciana* no tiene más que dirigirse con paso seguro hacia el porvenir. El camino de la gloria, cuyas primeras etapas son tan rudas, se abre ante él. Lo ha regado con sus lágrimas, y su genio, formado con la sensibilidad y el encanto, sabe con qué amarguras ha pagado la inspiración que hoy seduce á sus admiradores. Pero no importa. El primer cuidado de un artista debe ser el de no mentir á su destino.....»

El periódico, libre de la presión de las manos, cayó al suelo. Harry, con los ojos muy abiertos, contemplaba á Susana como gozando con su angustia.

—Y bien—dijo con acritud,—es un éxito inmenso. Vuelve otra vez á ser un grande hombre. ¿Lamentarás no llevar ahora su nombre?

—No, Harry—contestó la joven con dulzura;—no lamento haberle dejado libre, pues Oliverio es de los hombres que mueren en la cautividad, y sé muy bien que en medio de nuestro lujo se sentía

más cautivo que si hubiese estado en el fondo de una galera. Su amigo Lavirón lo dice: «Lo principal es no mentir al destino.» Yo le he devuelto al suyo, que no era otro que el de cantar libre, pobre tal vez, pero seguro de su canto, inspirado y sublime. Yo no era la mujer que necesitaba. Me lo dijo el último día de nuestra vida común con un dolor y una nobleza que nadie más que yo podrá nunca comprender. Pero toda mi vida conservaré alegría y orgullo por haberle pertenecido. Tú le odias, Harry, porque durante el tiempo que estuvo entre nosotros no llegaste á comprenderle ni un solo minuto. De esto provino tu hostilidad. Créeme: es perfectamente bueno, perfectamente tierno y perfectamente delicado.....

—A juzgar por lo que oigo, le echas de menos con toda tu alma.

—Le echaré de menos toda la vida.

—Entonces, ¿por qué no te quedastes con él cuando te lo propuso?

—Porque al oírle hablar con tanta franqueza comprendí que iba á ser causa de su perdición y de la mía. Lo repito, no soy la mujer que necesitaba, y en el fondo creo que los hombres como él no pueden querer, y que no hay mujeres sobre la tierra que puedan sujetarlos..... No sienten pasión verdadera más que por su arte, y todo lo que les separa de él acaba por serles odioso.

—Di más bien que son monstruos que hacen un culto de su personalidad. No hay en el mundo se-

res más insoportables. Es preciso sacrificarlo todo á su interés y á su celebridad; prefiero cien veces á Jim..... Sin duda alguna será un excelente marido, un buen padre y un cuñado inmejorable.....

Susana miró á Harry con desdén, y encogiéndose de hombros contestó:

—Ya he dicho que nunca me arrepiento de lo que hago. Creo que he vuelto á mi verdadero camino, que no es otro que el de la vida brillante y frívola. Derstal ha vuelto también al suyo verdadero, que es el de la gloria..... Jim es un excelente muchacho, que es sobrino de mi padre y amigo tuyo; pero créeme, Harry, Jim no te habría hecho nunca *Atala*.

La cólera puso lívido á Harry; quiso replicar, pero Susana se levantó sonriendo, puso el periódico en el atril del piano y agregó:

—Has tratado de destrozar ese preludeo hace un momento..... Vano esfuerzo. Yo se lo he oído tocar al autor..... Hé aquí como debe interpretarse.

Y apoyando sus blanquísimos dedos en el teclado, se puso á ejecutar el suave y poético fragmento de *La Veneciana*, cuyas temblorosas armonías pasaron rápidamente sobre las olas, arrastradas por la brisa, y fueron llevadas hacia aquel que había evocado el impercedero recuerdo.



